

CAPÍTULO XXVI

Ojeada retrospectiva. — Estado de la Europa á la muerte de Luis XV. — Advenimiento de Ganganeli. — Breve de extinción. — La familia de María Teresa. — Jorge III. — Su locura. — Catalina II. — Hace estrangular á su esposo por Gregorio Orloff. — Recompensas. — Wassilisttschikoff, segundo César. — La Semiramis del Norte. — Sus conquistas. — Sus viajes. — Potemkin. — Sus improvisaciones fantásticas. — Arco de triunfo. — Adulaciones de los filósofos franceses. — Federico II. — Su política. — Su muerte. — Gustavo III. — Sus proyectos. — Ejecución de Struenzée. — Mustafá III alcanza el trono por medio de una revolución en el serrallo. — Decadencia del imperio otomano. — Los nietos de Luis XIV.

Hemos llegado al fin de uno de los más largos reinados de la monarquía, y debiendo hablar de otro en que esa monarquía ha de perecer, es indispensable que echemos una ojeada, para recapitular en pocas páginas los acontecimientos que hemos relacionado en seis tomos.

Á la muerte de Luis XIV, la monarquía francesa no sólo resplandecía con toda su gloria, sino que contaba con todo el prestigio de su fuerza. Al paso que todo se debilitaba, Luis XIV, por un raro contraste, había tenido el raro privilegio de permanecer grande. Pero después de este monarca, empieza ya á extinguirse la raza de los hombres de genio. Ya no existen Turena, ni Berwick, ni Condé, ni Vaubán, ni Fou-

quet, ni Racine, ni Corneille, ni Moliere, ni Bossuet, ni Fenelón: sólo hay talento en vez de genio, práctica en lugar de ciencia, y el amaneramiento ha reemplazado al estilo.

Murió Luis XIV, y parecía no se esperaba sino el día de su fallecimiento para derribar el edificio de unidad monárquica preparado á tanta costa por Richelieu, mantenido con tanta destreza por Mazarino, y terminado por él con tanto trabajo. El regente extendió la autoridad creando los consejos; Luis XIV, hasta lo que Mad. de Maintenón le encargaba lo hacia por sí mismo, el regente dejaba obrar á Dubois. Luis XIV predicaba la rigidez de costumbres, y exageraba la religión. El regente llevaba los excesos hasta el cinismo, la indiferencia religiosa hasta la impiedad. Luis XIV arruinado, dudaba intentar siquiera la más pequeña operación rentística; halagaba á los negociantes; hizo ver á Versalles á Samuel Bernard; el regente permitió á Law, trastornar todas las teorías financieras conocidas hasta entonces; deja sustituir el papel á la moneda, y estrecha á los hacendistas para el extremo. Después, á la manera que Richelieu murió llevándose tras de sí á Luis XIII, Dubois murió arrastrando del mismo modo al regente á una tumba inmediata á la suya.

Ya hemos visto que al ministerio del duque, y el influjo de los hermanos Paris y de Mad. de Prie durante su gobierno, lo mismo que en el del abate Dubois, signieron las dilapidaciones, se aumentaron los desórdenes, y los tunantes eran los principes de la generación. El duque, en fin, propuso con el título de cincuenteno un impuesto que debía pesar sobre la nobleza y el clero, y una insurrección de estas clases le hizo desterrar á Chantilly.

Llega en seguida el pacífico cardenal de Fleury, hombre tímido, aunque sacerdote fanático, débil en política, rudo en materias religiosas, que se apoderó del poder paso á paso y como á pesar suyo, que restableció las rentas, no creando recursos nuevos, sino rebuscando; que temblaba sólo al oír hablar de guerra, y que sin embargo, continuador de la política antiaustriaca de Enrique IV, de Luis XIII y de Luis XIV, colocó un Borbón en el trono de Nápoles, ayudó á la Prusia á conquistar la Sicilia, se apoderó de los Países Bajos, reunió el ducado de Bar á la Francia, y preparó la reunión de la Lorena.

Entonces comenzó á reaparecer una generación, no de hombres de genio, sino de hombres de talento. Belle-Isle, Lowendhal, el mariscal de Sajonia y Chevert en las armas; Rousseau, Voltaire, d'Alembert, Diderot, Boulanger y Raynal, filósofos en vez de poetas.

Fleury murió al fin, al cabo de cinco años de gobierno, dejando el puesto á Mr. de Choiseul.

Verificóse entonces otro cambio completo en costumbres y en política. El ministerio de M. de Choiseul es el reino de los filósofos perseguidos por Fleury; y la Francia se alió con el Austria, dividida por Luis XIV, que le había tomado la España, las dos Indias y el Franco Condado. El resultado de esta alianza fué la desastrosa guerra de siete años; la pérdida de muchas colonias, del Canadá y de la India. Así como el duque quiso establecer el cincuenteno sobre la nobleza y el clero, Machault quiso establecer el veinteno y prohibir al clero, cuyo acrecentamiento le asustaba, adquirir nuevos bienes. El clero, entonces, declaró la famosa guerra de que ya hemos hablado, y en la que emplearon como únicas armas

la no administración de sacramentos. Concluyó esta guerra con la tentativa de asesinato de Damiens, del cual acusó el parlamento á los jesuitas, y los jansenistas al delfín.

Los jesuitas recibieron el castigo de un crimen que no habían cometido y fueron expulsados.

Por este tiempo pensó Luis XV en la fatalidad que iba unida á la Francia desde que dió la mano al Austria, é intentó libertarse de la influencia de María Teresa y de Mr. de Choiseul. Pero entró la muerte en Versalles; murió Mad. de Pompadour, murió el delfín, murió la delfina, murió el duque de Berry, y murió la reina. Presentóse una nueva favorita que acabó por derribar á Mr. de Choiseul y establecer á Mr. de Aiguillon. Cambió entonces por tercera vez la república europea. Nos referimos á los pequeños Estados de Europa que habíamos descuidado completamente; y á pesar del matrimonio del delfín con la hija de María Teresa, se iba debilitando cada día más la alianza con la casa de Austria.

En el interior fueron anonadados los parlamentos, y se hallaba en plena contraposición con la política de Choiseul cuando murió Luis XV, dejando el trono á Luis XVI y á María Antonieta.

Por lo demás, hacía sesenta y cinco años que no había en Francia verdadero rey.

De 1710 á 1715, gobernaron al rey Mad. de Maintenón, el confesor y los bastardos.

De 1715 á 1723, Dubois, Law y Argensón, fueron los taimados que gobernaron al regente.

De 1723 á 1727, gobernaron el Estado Mad. de Prie y el duque.

De 1727 á 1742, fué Mr. de Fleury quien gobernó al rey.

De 1742 á 1771, fueron Mr. de Choiseul y Mad. de Grammont.

Por último, Maupeón, Aiguillon y Terray, desde 1771 á 1774.

Vemos, pues, elevarse el influjo de las mujeres sobre todos los poderes masculinos. Hace cien años que pertenece la Europa á las mujeres, seis de las cuales han reinado verdaderamente en el mundo durante este tiempo.

Hase visto en el siglo de Luis XIV cuál ha sido la influencia de Mad. de Maintenón en los treinta últimos años del rey.

Hase visto cuál era en tiempo de Felipe V la influencia de la princesa de los Ursinos.

Hase visto que Felipe V sólo se libertó del influjo de esta princesa para caer en manos de la de Parma, su segunda mujer.

Esta agitó todo el Mediodía de Europa durante cerca de treinta años, á fin de conseguir que sus hijos reinasen en Parma y en Nápoles. Durante su activo reinado, durante sus ambiciosas intrigas, permaneció en la inacción el resto de la Europa. La Francia fué su instrumento, la Italia su teatro. Corrieron arroyos de sangre en provecho suyo en Italia, en Alemania, en los Países Bajos. Federico II en la Silesia; pero la reina de España en Nápoles.

Apareció María Teresa en 1740, reina durante 25 años por la fama de la Europa central.

Mientras ella reinó en Viena, reinó en Francia Mad. de Pompadour; ésta, y no el rey, fué quien se entendió con María Teresa, á quien vendió el reino, recibiendo el precio de la venta.

En 1763 apareció á su vez Catalina II, brillante como la estrella polar que se alzaba sobre su cabeza.

Heredó el influjo de Mad. de Pompadour, se ligó con María Teresa, y dos mujeres gobernaban la Europa.

Son aniquiladas la Italia y las potencias inferiores de Alemania.

La Inglaterra repara sus pérdidas.

La Francia cae en la corrupción.

La Suecia se halla ocupada con sus interiores disturbios.

La Dinamarca intenta reponerse de su revolución de Struenezé.

La España vuelve la cabeza para que, fingiendo no pensar en los demás, nadie se ocupe de ella.

Repetimos que durante cien años ha sido trastornada la Europa por caprichos de cinco ó seis mujeres, advirtiéndose que estos cien años han sido el siglo más ilustrado de la monarquía.

Mad. de Maintenón trastornó la Europa para llegar á ser la mujer de Luis XIV.

La princesa de los Ursinos trastornó la Europa para permanecer siendo la querida de Felipe V.

La reina de España trastornó la Europa para dar coronas á sus hijos.

María Teresa trastornó la Europa para destruir la monarquía prusiana.

Mad. de Pompadour trastornó la Europa para vengarse del monarca de Prusia.

Catalina II, en fin, turbó la Europa para reducir la Turquía y desmembrar la Polonia.

Así, durante un siglo, los pueblos han derramado su sangre y agotado sus tesoros; así, durante un siglo, se han arrebatado hombres y territorios, ¿por qué y para qué?

Para establecer un Borbón en Nápoles y en Parma.
Para dar la Lorena al rey de Francia.

Para dar la Silesia al rey de Prusia.
 Para coronar al amante de Catalina II.
 Para arruinar el poder de la Turquía.
 En fin, para desmembrar la Polonia.

Pero también, cuando los pueblos se enteren del papel que están haciendo, tomarán su despique.

Digamos ahora en qué estado dejaba Luis XV, al morir, la Europa á la Francia, y la Francia á su sucesor.

EUROPA

La Europa tenía fijos los ojos en el lecho mortuario de Luis XV, porque conocía la diferencia completa de sentimientos que existía entre Luis XVI y su abuelo.

Era una política enteramente opuesta á la que se había seguido hacia treinta años, la que iba á levantarse entre la tumba del rey difunto y el trono de su sucesor.

Volverían los desterrados ó aparecerían hombres nuevos, y en ambos casos los cambios que iban á verificarse en Francia, tendrían sus ramificaciones hasta en los puntos más remotos del globo.

Empecemos por Roma; si Francia es la cabeza del mundo político, Roma es el alma del mundo cristiano.

ROMA

Clemente XIV ocupaba el trono pontificio: había nacido el 31 de octubre de 1703, fué elegido el 19 de mayo de 1769, y se llamaba, según unos, *Vicente Antonio*, y según otros, *Lorenzo Ganganeli*. La Francia

favoreció su nombramiento, y la tiara pontifical fué á buscar en un convento de San Francisco al pobre monje, á quien colocó esta vez sobre la aristocrática descendencia de los Orichi, de los Colonna y de los Pamphili.

Ganganeli, sin embargo, hombre bueno y excelente, fiel á sus promesas y á sus amistades, no se hallaba á la altura de los acontecimientos, que, semejantes á una marea, iban á combatir con sus olas europeas al Vaticano. Tenía un carácter italiano que todo lo quería resolver por medios regulares. El acto capital de su reinado fué la destrucción de la orden de los jesuitas; fuera que titubease, fuera, como él mismo lo dice, que quisiera pesar aquella grande resolución *en la balanza del Santuario*, tardó cinco años en decidirse; pero ni las amenazas, ni los escritos anónimos, ni las predicciones de Bernardino Renzi pudieron impedirle el que expidiera el breve de extinción el 21 de julio de 1773. Es verdad que tan luego como expidió este se breve apoderó de Ganganeli un temor retrospectivo parecido á un remordimiento. Las alabanzas de los filósofos que surgieron de todas partes, el himno que cantaban en loor suyo, todas estas glorias mundanas no podían ahogar la voz con que murmuraba incesantemente en el fondo de su corazón. *Questa suppressione me darà la morte*, repetía á cada paso con un hondo suspiro; y en efecto, he sabido que el soberano pontífice caminó á pasos gigantados hacia la tumba, y que desde su lecho de agonía se levantó para enviar la bendición pontifical al rey cristianísimo que acababa de expirar.

La muerte de Ganganeli será un crimen más que la pasión, esa insensata que toma á veces la pluma histórica, inscribirá en el catálogo de los jesuitas.

AUSTRIA

María Teresa reina en Viena: ya la conocemos como *prima* de Mad. de Pompadour, como una antigua amiga que nos hizo más daño que todos nuestros enemigos juntos. Su alianza, durante la guerra de siete años, nos costó nuestras posesiones de la India y mil y quinientas leguas de territorio en el Canadá. Por su parte, y no obstante nuestra alianza, se ve obligada á devolver la Silesia á Federico II: se ha desquitado, es verdad, recibiendo, en unión del rey de Prusia y el emperador ruso, su parte correspondiente del repartimiento de la Polonia. En 1763 es coronado emperador su hijo José II, y ambos reinan á un tiempo, el hijo sobre el imperio, y la madre en los estados hereditarios: también tienen otro hijo, Leopoldo II, que reinará después de su hermano Maximiliano, que será elector de Colonia; María Cristina, que gobierna los Países Bajos; María Isabel, que morirá siendo abadesa de Inspruck; María Amalia, que llegará á ser duquesa de Parma; María Carolina, que subirá al trono de Nápoles y pagará los asesinatos de 98 con el destierro de 1813; y por último, María Antonieta, que pasará desde el trono de Francia á la Conserjería, y desde la Conserjería al cadalso.

Previendo la emperatriz que su hija menor sería reina de Francia, la educó con el mayor esmero: estuvo á pique de casarla con el abuelo, y la casó con el nieto: ella es la que lleva á la corte de Versalles el espíritu austriaco, que luchará con el espíritu nacional de Luis XVI hasta vencerlo y aniquilarlo.

María Teresa nació en 1717, y por consiguiente, acaba de cumplir cincuenta y cuatro años. Si no tiene toda la fuerza de su edad, posee al menos toda la energía de una voluntad indomable

INGLATERRA

Jorge III reina en Londres hace ya catorce años: nació en 1738, y cuenta por consiguiente treinta años. La Providencia le destina en los secretos del porvenir á una larga vida, esto es, á un prolongado dolor. Reunirá definitivamente la Irlanda á su corona, y someterá completamente la India; pero la América se le escapará de las manos, y atacado de locura en 1787, será declarado incapaz de reinar en 1811, y arrastrará una existencia miserable en 1820.

En la época á que nos referimos, empiezan á inquietarle la oposición del duque de Cumberland, la del duque de Newcastle y la de Mr. Pitt, á quien ha creado lord con el nombre de Chatám, al paso que escuchando el rumor que se levanta hacia las costas americanas, se estremece de vez en cuando por los sordos movimientos que atraviesan el Océano.

RUSIA

En el Norte se levanta Catalina II, estrella polar del mundo, que nació en 1729, y se casó en 1743 con Carlos Pedro de Ubrich, duque de Holstein-Gottorp, sobrino de la emperatriz Isabel, á quien ésta ha nombrado sucesor suyo. Su esposo llega á empuñar las riendas del imperio en 1762, y muere en el mismo año, estrangulado en un calabozo, después de siete

días de cautiverio, porque la futura czarina está impaciente por sentarse en el trono.

¿Por quién fué estrangulado el emperador? La fama designa á Gregorio Orloff: éste era el derecho incontestable del favorito. ¿No descendía de uno de aquellos rebeldes estrelices, á quienes Pedro I ejecutaba con su propia mano? No ha hecho más que devolver al marido de Catalina II lo que el marido de Catalina I había hecho con su abuelo. Pero como aquí ha sido inmenso el servicio, la recompensa será infinita. Orloff será gran maestro de artillería, y la emperatriz hará construir para él un palacio de mármol, sobre el cual, para dar un mentís al proverbio *ingrato como un rey*, mandará poner esta inscripción: *Don de la amistad reconocida*.

No es esto todo: la emperatriz le propondrá su mano secretamente, y él, á fuer de ambicioso, no la aceptará, sin considerar que esta negativa es su pérdida. Así, pues, mientras va á Moscou para comprimir una revolución y detener los efectos de la peste, en tanto que la emperatriz manda acuñar en honor suyo una medalla y erigir un arco de triunfo con estas palabras: *Moscou libertada de la peste por Orloff*, da parte en su corazón y en su lecho imperial á un nuevo amante: este amante se llama Walsilttschikoff; él es el que, como sucesor de Poniatowsky y de Gregorio Orloff, continuará esa serie de Césares, como se les llama, que en número de doce, deben, sin contar los usurpadores desconocidos, reinar sobre la Rusia y sobre Catalina, lo cual no impide al rey de Prusia colocarla en sus cartas entre Licurgo, Solón y Voltaire, y llamarla la Semiramis del Norte, sin duda porque también Semiramis había ayudado á estrangular á su esposo Nino. Por lo demás, la cabeza de

esa mujer es poderosa, y se anida un alma ambiciosa en su cuerpo corrompido.

Se propone colocar á la Rusia en el rango de las primeras potencias después de haber sometido la Polonia, dándole por rey á Jagellons, especie de esbirro arrojado de su lecho. Ha marchado contra los turcos, tomándoles á Azof, Tanganrof y Kinburn. Atravesando la Crimea independiente, sus escuadras ocuparán el mar Negro, al paso que por el estrecho de Gibraltar invadan el Mediterráneo y visiten por primera vez el archipiélago de la Grecia. Extiende también sus fronteras á la otra parte del Cáucaso, y conquista á éste sin someterlo. Viaja con un mundo de cortesanos por el Volga y el Boristenes, de cuyas tempestades se rie como César se reía de la de Amirs; distribuye á los señores de su corte los diferentes capítulos del Belisario de Marmontel, invitándoles á traducirlos en ruso, reservándose uno para traducirlo ella misma. Sabiendo después que el arzobispo de Paris ha anatematizado la obra original, dedica la traducción al arzobispo de San Petersburgo.

Potemkin, favorito del día, teniente de guardias, que el día 9 de julio de 1762 ha hecho conocimiento con su soberana dándole la dragona de su sable en la plaza de San Petersburgo, Potemkin, subalterno de Poniatowski, de Orloff y de tantos otros, cuyos nombres ni aun ha preguntado, contentándose con cumplir los caprichos de aquella Mesalina, le improvisa un camino de mil leguas, un mundo entero que no existe. Decoraciones, prestigios, iluminaciones, ciudades que vivirán un día; palacios en los cuales se bailará una noche; paisanos que, mientras duerma la emperatriz, saldrán en posta para prepararle un pueblo tan facticio como el de la víspera, y que le conducirán al

término de aquel viaje milagroso, fantástico é inaudito, por medido de un arco de triunfo, en el que se lea :

Este es el camino de Bizancio.

Porque Catalina II acariciaba el dulce sueño de la conquista de Constantinopla, como lo había acariciado su protector Pedro I, y como lo acariciarán sus sucesores Alejandro y Nicolás.

Entretanto, la adulan Diderot, Alembert y Voltaire. ¿Qué les importa á estos filósofos implacables que se pierda el comercio del Mediterráneo? Catalina les venga de los desdenes de Luis XV, que es cuanto puede pretender el egoísmo orgulloso de los trabajadores de esa Babel, conocida con el título de Enciclopedia.

PRUSIA

Aquí siempre, Federico II, anciano, inclinado hacia la tumba, con el paso tardío y cargado de espaldas : también ha acogido las adulaciones de los filósofos franceses ; devuelve á Voltaire, que le lisonjea, el interés que deben producirle sus alabanzas : este interés consiste en el desprecio.

Calculando hábilmente, se sirve de todos esos hombres, pero comprende en el fondo de su corazón, que semejantes entes envilecen sus plumas, inmolan el honor de la Francia á la mayor gloria de Ginebra, de Holanda y de la Prusia. Por su parte tiene cuanto desea, la Silesia, la única almohada en que ha dormido con tranquilidad ; pero después de haber conquistado la Silesia, necesita conquistar la opinión. Para esto le sirven los filósofos, que venden sus adulaciones, no por dinero, sino por elogios : aquella es

una guerra de cumplimientos entre el maestro y sus adeptos, la reciproca de una dulce fricción entre la epidermis real y la mano filosófica, entre la epidermis filosófica y la mano real.

Desde Postdam y desde Sans Soucy, Federico observa á Versalles y se sonríe. Versalles nada puede ya contra él, no desde que gana batallas, sino desde que compone versos. Los adversarios que opondrá en lo sucesivo al rey de Francia, no serán los veteranos vencedores de Lovositz y de Rosbach, sino los aliados filósofos. Permanece, pues, tranquilo, pues por mucho daño que haya hecho á la Francia la guerra de siete años, mucho mayor será el que le causen el *Sistema de la naturaleza*, el *Contrato social* y el *Diccionario filosófico*.

Muy triste es para él morir en 1786 sin poder asistir desde su corte al 10 de agosto, 21 de enero y 16 de octubre.

SUECIA

En Suecia reina Gustavo III ; tiene veintiocho años, hace tres que se ha sentado en el trono, y lucha contra las oposiciones políticas, vendidas á los partidos rusos é ingleses. Es un fiel aliado de la Francia, que reemplaza en Dinamarca el contrapeso de la potencia rusa, y que nos sirve como la Polonia, que ha pasado al poder de Catalina. Acaba de sofocar las turbulencias de 1772, y prepara contra la Dinamarca una guerra, que no se llevará á cabo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edm. 1626 MONTERREY, MEXICO

DINAMARCA

Cristián VII acaba de apoderarse en Copenhague del poder absoluto, que no tardará en arrebatárle la locura. Un primer ataque de la enfermedad que le llevará al sepulcro, como á Jorge III, le ha dictado contra Struenzée la terrible sentencia, cuya víctima es el desgraciado ministro. Sea lo que fuere, el 28 de abril de 1772, aquel que tres meses antes ejercía un poder sin límites en el ánimo del rey y en el de la reina, el hombre que estaba al frente de la nobleza, fué degradado de todos sus títulos; cortáronle después la mano y descuartizaron su cuerpo.

Según se ve, era un terrible justicia el rey Cristián.

TURQUIA

Acaba de efectuarse una revolución de serrallo en Constantinopla, en cuyo camino pasea Potemkin á Catalina por debajo de mil arcos de triunfo. La mezquita de Ayoul es el teatro de la conjuración, y en ella es proclamado sucesor de su hermano Mustafá III el pobre Abd-El-Hamid, que se ve, cuando menos lo pensaba, libre de las cadenas que le oprimían. De edad de 30 años ha pasado 44 en el serrallo haciendo arcos y flechas. Débil y viejo, se eleva cuando la Turquía no hubiera tenido quizás bastante con el brazo y el genio de Mahomet II. ¡Ah! Asistirá á la decadencia del imperio otomano, sin poder detenerla. Ha visto, prisionero de guerra, batidos los turcos por Soltikoff, Kaminsky y Suwarow, y al visir Musseim-Oglón encerrado en su campamento de Schumla, sin

poder retirarse, ni combatir, ni recibir auxilios, y obligado á pedir una tregua vergonzosa. Siendo emperador verá todas las provincias turcas del otro lado del Danubio conquistadas por aquella Catalina que las codicia, y por aquel Potemkin que las promete á su soberana: verá á Choczim, la llave del Dniester, pasar á las manos de los infatigables invasores, que avanzan poco á poco hacia el Bósforo, que acaba de entregarles la caída de la Hungría. Morirá por último en medio de los preparativos de una nueva guerra, dejando el trono á su sobrino Selim, que será estrangulado veinte años más tarde.

Ahora pertenece el resto del mundo europeo á la casa de Borbón. El pacto de familia ha dado un trono á cada nieto de Luis XIV: en efecto, nietos suyos son Carlos III, rey de España, Fernando IV, que reina en Nápoles, el más joven de los principes soberanos, con su cuñado Luis XVI, y por último el duque de Parma, infante de España, nacido el mismo año que Fernando y su cuñado, como el de Luis XVI.

Así, pues, el 11 de mayo de 1774, un Borbón reina en Francia, otro en España, otro en Nápoles y otro en Parma.

Pasarán 36 años y esa rica posteridad de Luis XIV que posee la mitad de la Europa, irá mendigando de pueblo en pueblo, fugitiva ante un niño de diez años, que al presente juega con los guijarros del puerto de Ajaccio.